

Reseñas

Ana Lau Jaiven, *Las contratas en la ciudad de México. Redes sociales y negocios: el caso de Manuel Barrera (1800-1845)*, Instituto Mora, México, 2005, 285 pp. (Colección Historia, serie Política).

La primera tarea de un historiador es la de reconstruir personajes o procesos ocurridos en otros tiempos. Pero para lograr este propósito hay que dar varios pasos previos que suponen retos y desafíos no siempre posibles de solucionar, sobre todo en el caso de individuos o sucesos oscurecidos por la insistentes y reiteradas visiones que ofrece la historiografía oficial, en la que dominan los triunfadores y sus hazañas.

Tal es el caso del general Manuel Barrera, considerado por sus contemporáneos como un político de dudosa probidad, sobre el cual Ana Lau Jaiven realizó una minuciosa investigación, cuyos resultados se presentan en este libro. Se trata de un personaje conocido por las menciones ocasionales que de él o de sus posturas hacen Carlos María de Bustamante o Lorenzo Zavala, entre otros. También se conoce el testimonio de los extranjeros sobre las elegantes galas y costosas alhajas que lucían su esposa e hija en las lujosas fiestas celebradas en Palacio Nacional.

A primera vista, no parecía ser un personaje de interés para el historiador. Pero habría de serlo al aparecer una y otra vez

como un importante arrendatario de inmuebles en la ciudad de México durante el periodo independiente. Constatación que consiguió Ana Lau Jaiven al investigar sobre las características de las viviendas de la capital, como parte de sus trabajos en el seminario de Historia Urbana del Instituto Mora.

La tarea no era sencilla, sobre todo porque la disponibilidad de fuentes de información define en gran medida la suerte de la investigación histórica, por ello la autora tuvo que recurrir a diversos archivos y a más de una decena de periódicos para reconstruir la fisonomía del personaje y de los negocios que le dieron grandeza e importancia, a pesar de su frágil riqueza, ya que de acuerdo con las primeras notas periodísticas encontradas por Ana Lau Jaiven, Barrera vivía permanentemente denunciado y asediado por sus clientes y acreedores.

Los primeros rastros localizados en notarías revelaban que se trataba de un personaje con numerosas propiedades en la ciudad de México, además de haber destacado en las tareas de "el equipamiento y suministro de bienes y servicios para la capital".

La documentación localizada en los archivos del Gobierno del Distrito Federal y de la Secretaría de la Defensa Nacional complementaron la fisonomía del general

Barrera, quien, junto con su hermano Mariano, había destacado como contratista en dos esferas: la del vestuario de los ejércitos y la de prestador del servicio de basura y de alumbrado en la ciudad, además de proporcionar diversiones y espectáculos a sus habitantes, como fueron los gallos, los toros y el globo aerostático.

Compromisos que se realizaban por contratas, tema poco tratado y que da cuenta de la importancia del libro de Ana Lau Jaiven, quien por una parte reconstruye la biografía de este empresario urbano, además de analizar y esclarecer la forma y modo en que estos convenios se llevaron a cabo, presentando datos acerca de los montos y condiciones de la operación, como del éxito o tropiezos que se registraron en su realización.

Entre los diversos hilos explicativos desarrollados a lo largo de este libro, importa la atención que se otorga al tema de las contratas, de las que no se había hecho mención en anteriores investigaciones. Estos convenios de origen colonial permitieron a los poderes, en sus diversas escalas, proporcionar los servicios requeridos por la colectividad por medio de terceros, con lo cual resolvían la incapacidad de realizarlos directamente por falta de recursos, a la vez que los *asentistas* recibían privilegios especiales. Bajo la administración virreinal, los acuerdos se establecieron con el Consulado de México, según consta en los trabajos de Guillermina del Valle Pavón. Pero no se tenían noticias de la preservación de estos instrumentos para resolver las insuficiencias presupuestales de los gobiernos durante el periodo posindependiente. La tradición se preservó y perfeccionó durante el régimen porfirista, al firmarse varios acuerdos con las empresas extranjeras en los ramos bancarios y de fe-

rrocarriles, y más tarde en la promoción de las obras portuarias como se destaca en el estudio de Priscilla O'Conolly. Los contratos entre el poder político y los particulares fueron una práctica recurrente para los gobiernos de la etapa posrevolucionaria, que colocaron el renglón de las obras públicas como parte sustancial de las tareas de los gobiernos, para lo cual multiplicaron tanto el número de dependencias oficiales dependientes del ejecutivo, como de bancos especializados, esfuerzo que se interrumpió bruscamente con el adelgazamiento del gasto público en la década de los ochenta del siglo XX.

Estos contratos fueron recibidos con beneplácito por los miembros del ayuntamiento, según se aprecia en diversos testimonios presentados en el texto, que expresan que éstas, si bien "benefician a muchos particulares, [también] ahorran gastos cuantiosos a esta excelentísima corporación".

Sin duda, la contribución fundamental en este trabajo es destacar el peso y funcionamiento del recurso de las contratas. Lo que se acompaña de otras aportaciones relevantes que derivan de los rasgos y condiciones que tuvieron estos contratos.

En primer término, se encuentran las diversas narraciones que se hacen en el libro acerca del constante conflicto de autoridad y de jurisdicción que hubo entre el Ayuntamiento de la ciudad de México y el gobernador del Distrito Federal. En este caso, éste quedaba manifiesto tanto por la intromisión de las autoridades nacionales en el ámbito de las responsabilidades de la municipalidad, como por el incumplimiento de las obligaciones y tareas que debía haber realizado la Casa de Barrera, lo cual reclamaban los miembros del Cabildo a nombre de los habitantes de la capital,

perjudicados por la basura en la ciudad, el insuficiente alumbrado o por los espectáculos que no se habían efectuado o porque éstos resultaban de poca calidad.

En segundo lugar, considero que resulta igualmente importante los señalamientos hechos por Ana Lau Jaiven acerca de la fragilidad financiera de Manuel Barrera y su compañía, calificado como “empresario medio urbano”, lo que permite contrastarlo con el universo de poder económico del periodo posindependiente y que conocemos gracias a los recientes avances historiográficos. Barrera no formaba parte del sector mercantil, acaparado por las operaciones del comercio internacional en manos de los negociantes o de los *merchants bankers* anglosajones, estudiados por Reinhard Liehr y Rosa María Meyer, entre otros. Pero Barrera tampoco poseía el capital y recursos propios suficientes que le permitieran ofrecer recursos a la Hacienda pública, y por esta vía redoblar su riqueza gracias a las jugosas ganancias logradas por medio del agio, rasgo que caracterizó a los negocios con la Tesorería nacional, como lo han demostrado Bárbara Tenenbaum y otros autores.

El general no era un hombre rico, pero tampoco la empresa que formó con su hermano e hijos le proporcionaron los suficientes recursos para financiar los compromisos adquiridos en las contratas. Las ganancias obtenidas no las reinvertió, las destinó a la adquisición de inmuebles en la ciudad de México, que a mediano plazo le garantizaron una renta. Por ello, el general Barrera y su empresa tuvieron que recurrir al crédito, de la misma manera que lo hacía la Hacienda pública y otros comerciantes y productores, incrementando el valor de los préstamos y facilitando la imposición de altas tasas por parte del

reducido grupo que poseía la liquidez y monopolizaba el crédito.

La suerte de Barrera, como la de otros empresarios medios fue menguada una y otra vez por el agio y la presión de los acreedores que lo llevaron a la ruina. Esta investigación abre líneas y preguntas para futuros trabajos acerca de este grupo del que, hasta ahora, no había noticias.

El libro consta de cinco capítulos y un epílogo. Los dos primeros capítulos son, en cierta medida, de carácter introductorio, tanto al tema de las contratas como al personaje, para luego revisar en los dos siguientes el campo de estas actividades a través de sus condiciones y principales rasgos, dejando al final, en el último capítulo y el epílogo, los resultados de este ascenso económico que transformó a Barrera en poco tiempo en un destacado propietario urbano, para terminar con las causas y razones que derivaron en el derumbe de su age y poderío.

El estudio se inicia con la concepción y caracterización de un empresario capitalino durante la primera mitad del siglo XIX. Se nos recuerda las malas condiciones económicas que se padecían, y la imposibilidad de afrontar inversiones en los renglones productivos, como ocurrió en el sector de la manufactura y la incipiente industria. Con mucha iniciativa, pero con escasos recursos, el camino a seguir estaba marcado por los negocios con el gobierno. No se trataba de operaciones ilícitas que favorecieron el enriquecimiento por vía del fraude y contrabando, de lo cual tenemos noticias dispersas. Un joven que contaba con más iniciativa que recursos, tenía que iniciarse por una vía menos riesgosa, como eran las relaciones con las autoridades, con el ejército, apoyado en la condición de militar que tenían el personaje y

varios miembros de su familia, de donde derivaba la posibilidad de introducirse y acercarse a las contratas municipales.

En el libro no hay información sobre su origen familiar, ni sobre el inicio de su fortuna, ya que no fue posible hallarla. El ascenso social y económico de Barrera estuvo marcado por la "oportunidad" del momento y por la astucia del personaje.

La primera surge gracias a su pertenencia al ejército, corporación de reciente creación a fines del periodo virreinal, y cuyo poder e influencia se acrecentaría después de la guerra de independencia, al ocupar el vacío dejado por los miembros de la corporación mercantil y eclesiástica. Esta conclusión ha sido sostenida por diversos estudiosos del periodo (Brian Hamner, John Tutino y Doris Ladd). Su astucia quedó manifiesta en su atinada decisión de donar vestuario al ejército trigarante durante los últimos años de la guerra de independencia, aprovechando la experiencia que como sastre había alcanzado. Esta decisión le permitió acercarse a los vencedores y primeros gobernantes de la nación independiente, y para lo cual recibió el apoyo de su primo Mariano, con quien habría de asociarse como comerciante aprovechando las posibilidades del éxito y de las ganancias en un sistema mercantil que se encontraba trastocado por la prolongada guerra y el asedio de las tropas sobre la capital mexicana.

En el primer capítulo del libro se establece hasta qué punto el azar y la habilidad que caracterizaron a Barrera fueron factores determinantes en su inserción dentro del mundo de la política y en su participación en el establecimiento de negocios dentro del cuerpo militar. En estos capítulos se retoman dos tesis importantes del periodo: aquella que sostiene que los

mecanismos de enriquecimiento en el siglo XIX requerían del favor y apoyo del poder político, rasgo que se comprueba en los numerosos contratos firmados por el general Barrera y su compañía, y que también queda de manifiesto al recibir la protección y el perdón necesario por parte del poder político, a pesar de la insuficiencia o incumplimiento de sus compromisos; y aquella en la que se comprueba el carácter familiar de la mayoría de las empresas del periodo, que eran sostenidas por el patrimonio familiar y las solidaridades sociales que este núcleo posee, características que han sido destacadas por una vasta historiografía sobre la familia en Hispanoamérica.

En los siguientes capítulos del libro se analizan con detenimiento los contratos para el vestuario del ejército y los diversos convenios firmados con los miembros del Ayuntamiento de la ciudad de México. El monto de las operaciones, las condiciones de entrega de las mercancías o de conclusión de los servicios, los plazos y tiempos para el pago de las cantidades, son parte de la información localizada en los archivos históricos de la Secretaría de la Defensa Nacional y del Gobierno del Distrito Federal. Son negocios cuya suerte e impacto se estudia en las notas de periódicos y en los escritos del periodo. Estos testimonios esclarecen el veloz ascenso y éxito del personaje, manifiesto tanto en sus selectas relaciones políticas como en las pruebas de su enriquecimiento, que se expresan en propiedades y presencia de Barrera y su familia entre la elite capitalina del periodo.

La narración se acompaña de testimonios sobre las deficiencias en los servicios urbanos y en los espectáculos. Había pasado lo mismo años antes en la entrega de los vestuarios en los plazos y calidades exi-

gidas por los jefes del cuerpo militar. El reclamo de sus clientes se complicaba con el disgusto de sus patrocinadores, entre quienes habían destacado los generales Anastasio Bustamante y José María Tornel y Mendívil. No queda claro el acercamiento que mantuvo con el general López de Santa Anna, pero es posible que no haya habido tal, sobre todo durante los años cuarenta cuando él mismo requería del apoyo de empresarios que le pudieran garantizar los recursos necesarios para sus campañas militares o para sus cortas administraciones, como ocurrió con Manuel Escandón, que devino el empresario prototípico de mediados del siglo XIX.

A las dificultades para obtener crédito en buenas condiciones, se sumaban las dificultades para cubrir los adeudos pendientes o entregar los pagos en los plazos convenidos; razón suficiente para menguar la confianza y crédito de sus acreedores, y al carecer de la suficiente liquidez, la casa de Barrera difícilmente podía cumplir con sus compromisos. De manera completa, la autora traza el efecto de la deficiencia financiera del general Barrera en el incumplimiento de los contratos, al analizar en varias ocasiones el círculo del declive que se anunciaba y que había formado al perder la confianza entre los financieros y comerciantes del periodo.

La década de 1840 fue para Barrera el momento culminante de sus aventuras empresariales. Poseía lujosas mansiones y varios inmuebles en la ciudad de México, que daban cuenta de su fortuna y éxito. Pero la alcurnia y elegancia que lo distinguían se veían constantemente socavadas por el desprestigio público, acrecentado por los reclamos de los síndicos del ayuntamiento, por sus acreedores que lo obligaban a rematar propiedades y bienes, pero

sobre todo por una prensa que no dejaba de acusarlo por sus fraudulentos servicios y ganancias dudosas.

Era claro que los tiempos políticos habían cambiado. La casta militar del periodo posindependiente empezaba a sufrir los embates del envejecimiento, y la competencia de nuevas camarillas políticas, a lo que habría que sumarse el impacto del movimiento de las tropas estadounidenses en territorio mexicano, lo cual marcó la estocada definitiva a los viejos cabecillas militares.

Los nuevos negocios desplazaron progresivamente las fortunas logradas en los años anteriores. La diversificación en las inversiones productivas permitió a los nuevos adinerados proteger sus capitales y bienes. Las cuantiosas ganancias obtenidas de los préstamos a los gobiernos se completaban con la participación en sociedades productivas de índole diversa, como eran la minería, la manufactura, además de la adquisición de propiedades agrícolas destinadas a la provisión de alimentos para el mercado urbano. La nueva generación de empresarios fue un grupo que logró diversificar el espectro de sus inversiones, y obtuvo mayores seguridades por parte de los gobiernos para proteger sus capitales, al consolidar el manejo cuasidirecto de los fondos públicos a cambio de los créditos otorgados a la Tesorería.

Todo ello marcó el ocaso del general Barrera, quien falleció en 1845 a los 65 años de edad, así como el del clan familiar que había fundado, con el inmediato fallecimiento de dos hijos.

Este libro que trata sobre las contratas en la ciudad de México a través del general Barrera, es un importante logro que nos deja un testimonio completo de un personaje relevante en los negocios urbanos del

periodo posindependiente. Primer esfuerzo que deja numerosas preguntas a la vez que complementa nuestro conocimiento sobre el comportamiento de la sociedad y economía en la capital mexicana durante el siglo XIX.

Leonor Ludlow
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS-UNAM

Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *De normas y transgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*, IIH-UNAM, México, 2005, 388 pp.

Este libro reúne artículos sobre historia jurídica e historia de la medicina, dos campos de conocimiento que han tenido una notable renovación en las pasadas décadas. En el caso de la historia de la medicina esto es particularmente evidente. Tradicionalmente, teníamos obras dedicadas a ensalzar la vida y obra de los grandes científicos del presente y del pasado. Todos hemos leído en algún momento obras de difusión popular como la de Paul de Kruif, *Cazadores de Microbios* —un texto muy popular en nuestro sistema de enseñanza media, que ha inspirado la vocación de muchos médicos y biólogos. Asimismo, en una perspectiva más académica, contábamos con estudios de historia institucional dedicados a la aparición y desarrollo de hospitales, escuelas médicas y sistemas de salud a lo largo de la historia de México.

Ambas perspectivas han sido sin duda interesantes y valiosas, pero vistas con la ventaja que da la distancia resultan simplistas e inocentes. Compartían una visión optimista, donde la ciencia y los científicos encabezaban una especie de marcha triunfal hacia el inevitable progreso de la

sociedad humana. No dudo que esto sea así en términos generales, pero también sería prudente decir que el avance de la ciencia presenta problemas sociales y éticos que fueron en el pasado y son hoy día materia en discusión. Buenos ejemplos son la conversión del antiguo médico de cabecera en un representante de la autoridad del Estado, la reclusión forzosa de los pacientes considerados como dementes, la apropiación del cuerpo humano por la medicina institucional, la invasión de la privacidad fisiológica y la marginación, o incluso persecución, de los poseedores del saber tradicional, como los curanderos y parteras.

Por otro lado, el triunfo de la medicina moderna no fue tan completo ni avasallante. Hubo resistencias, espacios donde se mantuvieron antiguas creencias, y en fechas recientes puede apreciarse una proliferación de las medicinas llamadas “alternativas” (que en realidad, suelen ser versiones actualizadas de añejos saberes médicos). Para quien se interesa por la historia y la sociedad, esta desigual recepción de la modernidad y la inesperada continuidad de las creencias populares sobre la salud no son sólo arcaísmos o rémoras inexplicables en la vía hacia el progreso. Todo lo contrario: son de interés en sí mismas, debido a que nos importa la experiencia humana en toda su amplísima diversidad. Y si no fuera por otra cosa, habría que considerar estas inercias y renuencias simplemente porque el desconocimiento o desprecio del entorno cultural de los pacientes puede afectar e incidir en el buen desarrollo de la práctica médica. Habría que recordar, por vía de ejemplo, la famosa “revuelta contra la vacuna”, ocurrida en 1904 en Río de Janeiro en contra de la campaña gubernamental de inmunización obligatoria.